

## Presentación

*Federico Schuster*

Se ha dicho muchas veces que las ciencias sociales son ciencias de las crisis. Esta curiosa idea conlleva –como casi todas las ideas– muchos supuestos. Uno de ellos es el concepto mismo de *crisis*. Esta noción, si bien a esta altura de los tiempos ya resulta plurisémica, está fuertemente asociada a la de progreso. Con la firme confianza moderna (y especialmente decimonónica) en que el mundo del futuro sólo podía ser mejor que el del pasado, las crisis resultarían saltos, interrupciones en la inexorable flecha del tiempo. Tal confianza se basaba en la idea de que habiendo tomado el dominio de las cosas la racionalidad humana –con la ciencia y la tecnología como exponentes principales–, el control humano del planeta solucionaría los problemas existentes y mejoraría las condiciones de existencia. Ello no quería decir que el proceso careciera de quiebres, conflictos e incluso retrocesos; los factores irracionales de los seres humanos y el carácter potencialmente indómito de la naturaleza, se pensaba, eran factores que podrían desafiar cada tanto la marcha del porvenir. Tales son las crisis. Progreso y crisis, de este modo, se vinculaban. El progreso era el vector societal y las crisis, sus –siempre circunstanciales– rupturas.

El siglo veinte, sin embargo, tuvo un enorme poder corrosivo en nuestra aparentemente inexorable confianza en el progreso. Las guerras, la miseria, las enfermedades, la intolerancia, la violencia, la injusticia, la desigualdad, la destrucción de la naturaleza, la falta de sentido sacudieron duramente nuestras convicciones progresistas y convirtieron a las crisis en recurrentes y hasta en permanentes. Tanto que hay quienes se preguntan si cuando una crisis se estabiliza sigue siendo una crisis y no un proceso regresivo, una decadencia. Quizás la flecha inexorable no lo sea tanto y el vector pueda girar en sentido contrario. Así, nuestras crisis ya no nos llevan necesariamente a preguntarnos cuándo volverá la orientación irreductible del progreso, sino incluso si hay tal cosa. No resulta raro que los *progresistas* de nuestra era suelen añorar con melancolía algún tiempo que pasó. ¿Podrá ser que hayamos dejado el futuro atrás?

Este número de *Sociedad* habla, de modos diversos, de eso. Usa tonos, giros y metáforas; pero aborda, en tiempo presente, pasado o futuro –según el caso– nuestras crisis, las que nos agobiaron o nos agobian. Remite a orígenes –no tan– remotos de lo que nos pasa, teoriza sobre ello, ofrece datos, memorias, prospectivas y herramientas para el debate. Como siempre, trata sobre nosotros, en el más amplio sentido del término. *Sociedad*, se sabe, no se atiene a los modelos cognitivos instrumentalistas; prefiere la comprensión a la predicción (sin desmerecerla), quiere que pensemos y entendamos.

De la más implacable coyuntura de la brutal crisis de este año en más de un universidad argentina, puesta en contexto, a las relaciones críticas y siempre conflictivas entre memoria e historia. Del dolor del exilio (para nada ajeno a nuestro tiempo) a las figuras del modelaje y el lugar del cuerpo en la cultura contemporánea. Y, como siempre, el espacio dedicado a discutir acerca de las herramientas teórico-metodológicas de las ciencias sociales para hacer frente al conocimiento imprescindible, el que nos demanda una sociedad que requiere entender, pensar, debatir y actuar. Estos son los temas del presente número de nuestra revista. Todos hablan de un mundo que no tiene un orden lineal (ni siquiera ya imaginario), de un universo de crisis, de rupturas, de un tiempo sin certezas, de sociedades que han perdido la definición homogénea de su sentido.

Así nos presentamos. Como siempre, seguimos caminando desde la universidad para construir un diálogo intelectual con nuestro tiempo. Siempre en crisis, pero esperanzados.